



*La reina Carlota Sofía de Prusia  
conversando con Leibniz*

EDITORIAL

## EUROPA Y LA RAZÓN UTÓPICA DE LA MODERNIDAD

Fue en Europa donde nació la cultura griega que más tarde se constituiría en el fundamento del mundo romano. En Grecia nació el ideal aristotélico de la «vida buena» que se había fraguado durante siglos en el ideal de convivencia de la polis griega. La configuración del ideal democrático de Atenas fue alentado por la razón y de ello estaban orgullosos como vemos en el célebre discurso de Pericles, relatado por Tucídides, ante la inminente amenaza de los persas. Pero la ideal utopía democrática griega se vino abajo por imperativos de supervivencia ante el liderazgo de Alejandro Magno. El mismo destino estaba llamado a correr el ideal democrático de la república romana cuando, a pesar de la resistencia de los *Boni*, las dramáticas guerras civiles concluyeron en el autoritarismo del imperio.

Pero los grandes ideales de la libertad, de la justicia, de la convivencia fraternal y de la paz, no iban a morir con el mundo greco-romano. Muchos siglos después, fue Europa el lugar de renacimiento de vivencias y razones de la antigüedad clásica. La llamada modernidad quiso, entre otras cosas, revivir los ideales griegos —que seguían apuntando en la utopía— de la *dignitas* del ciudadano, de la soberanía popular y de la democracia, por vía la inicial del constitucionalismo.

Europa fue escenario histórico de la primera gran navegación universal hacia el ideal humano y la utopía de un «mundo mejor». Europa fue también el puerto en que se fletó la segunda gran navegación hacia aquellos ideales inconclusos de la antigüedad. La modernidad fue obra de Europa porque fueron las naves de Europa las que cargadas de ideas y de utopía llegaron a las costas de Nueva Inglaterra hasta producir un siglo después la primera gran constitución de la modernidad.

Como en Grecia y como en Roma, Europa —creciendo desde sus raíces clásicas— buscó el renacimiento de la *dignitas* universal del hombre desde la Razón. Apenas revividos los ideales clásicos en el Renacimiento fue la Ilustración el movimiento cultural

que, a través de la Razón, quiso reencontrar el camino que conducía al mejor de los mundos leibniziano o a la perfecta constitución burguesa de Kant. Pero el ideal racional de la modernidad no pasó de ser germinalmente un *desideratum* socio-político, una meta que alcanzar. Muchos son los observadores de la historia que lamentan que los verdaderos ideales de la modernidad, de la Europa universal por construir, exportable a la humanidad, todavía sean una tarea por concluir.

Sin duda, el gran problema, la tarea pendiente de la modernidad, ha sido y sigue siendo la universalidad: la universalidad de la «vida buena» para todos los ciudadanos de Europa, pero también del mundo. El ideal de Grecia y Roma fue loable, pero en el fondo restringido (a Roma y a las polis). Europa superó al mundo clásico porque tendió al ideal universal de la «vida buena» del ciudadano. Pero, ¿acertó el rumbo real de la razón europea en la verdadera senda de la universalidad?

Este número de PENSAMIENTO ofrece al lector diversas calas que permiten ponderar las vicisitudes y vaivenes de la vía inconclusa de la razón europea hacia la universalidad.

Leibniz haciendo filosofía no dejaba de proponerse la reflexión sobre aquellos ideales humanos de convivencia por la razón en el mejor de los mundos posibles —como sugiere su conversación con la reina Carlota Sofía de Prusia—. Frente a la sátira, el escepticismo y el relativismo de los críticos del ideal moderno hacia un mundo mejor —Cyrano de Bergerac— Leibniz reivindicó el papel de la razón para guiar a Europa hacia un mundo que iba más allá de Europa misma, hacia un mundo universal.

No cabe duda de que la evolución real de los ideales de la modernidad estuvo influida decisivamente por la obra de John Locke, la prosecución crítica de Hume y su conexión con la modernidad económica del liberalismo de Adam Smith. Este pensamiento cuajó en América y se desarrolló en Inglaterra. Quizá de ahí nació el individualismo burgués de la modernidad, siempre ténue en su amparo del dolor de gran parte de la sociedad. Por ello el contrapeso de las tendencias moralizantes de la ilustración escocesa quizá hubieran podido compensar la «frialdad fraternal» del mundo moderno producido en Europa.

De hecho, la evolución real en Europa mostró pronto, al comenzar el siglo XIX, que gran parte de la sociedad denunciaba el individualismo de la modernidad y se producía el nacimiento del pensamiento comunitarista (historicismos, marxismos, anarquismos). Pero, a pesar de ello, al hilo del pensamiento de Arendt y Levinas, la Europa del siglo XX todavía no había creado el ámbito universal de convivencia entre sus naciones y los individuos libres con derecho a integrar su alteridad en la identidad universal de Europa.

La crítica de Ernst Bloch a la esperanza utópica apuntada en los horizontes marxistas de acceso a una Europa mejor es también una cala en la frustración de las navegaciones realizadas en busca de los ideales de la modernidad desde los comunitarismos. De una u otra manera, bien desde la modernidad liberal, bien desde las utopías del comunitarismo, sentimos hoy una dolorosa frustración ante la navegación que Europa emprendió hacia sus ideales.

Pero pensemos que hasta el pesimismo antropológico y existencial de Schopenhauer dejó abierto el análisis de nuestra condición humana al fondo ideal y estético de una «conciencia mejor» que quizá, borrosamente, y a pesar del desánimo, nos hace tender siempre al mejor de los mundos leibniziano. Quizá la explicación de la persistencia de la navegación de Europa y del mundo hacia la modernidad sea la conciencia moral del ser humano y la exigencia de realizar la verdad personal (también por ello mismo nuestra verdad comunitaria) que en su tiempo constituyó un eje de las reflexiones de Max Scheller.

Europa creó el mundo clásico y Europa lo hizo renacer. Europa persiguió el ideal de la *dignitas* humana y se embarcó en la producción de aquellas ideas que hicieran posible el mundo mejor de nuestras utopías. Tras cuatro siglos de navegación impera hoy el pesimismo. Como fracasaron Grecia y Roma, ¿fracasará también Europa en encontrar el diseño racional de una modernidad universal?